

Una versión de “La doncella guerrera” (la que vamos a trabajar en clase)

Pregonadas son las guerras
de Francia con Aragón,
¡cómo las haré yo, triste,
viejo y cano, pecador!
No reventaras, condesa,
por medio del corazón,
que me diste siete hijas
y entre ellas ningún varón!
Allí habló la más chiquita,
en razones la mayor:
—No maldigáis a mi madre,
que a la guerra me iré yo;
me daréis las vuestras armas,
vuestro caballo trotón.
—Conocerante en los pechos
que asoman bajo el jubón.
—Yo los apretaré, padre,
al par de mi corazón.
—Tienes las manos muy blancas,
hija, no son de varón.
—Yo les quitaré los guantes
para que las queme el sol.
—Conocerante en los ojos,
que otros más lindos no son.
—Yo los revolveré, padre;
como si fuera un traidor.
Al despedirse de todos
se le olvida lo mejor:
—¿Cómo me he de llamar, padre?
—Don Martín el de Aragón.
—Y para entrar en las cortes,
padre, ¿cómo diré yo?
—Bésoos la mano, buen rey,
las cortes las guarde Dios.
Dos años anduvo en guerra
y nadie la conoció,
si no fue el hijo del rey
que en sus ojos se prendió.
—Herido vengo, mi madre,
de amores me muero yo;
los ojos de don Martín
son de mujer, de hombre no.
—Convídalo tú, mi hijo,
a las tiendas a feriar;
si don Martín es mujer
las galas ha de mirar.
Don Martín como discreto
a mirar las armas va:
—¡Qué rico puñal es éste

para con moros pelear!
—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
roban el alma al mirar.
—Llévalo tú, hijo mío,
a la huerta a solazar;
si don Martín es mujer,
la fruta deseará.
Don Martín deja la fruta;
una vara va a cortar:
—¡Oh, qué varita de fresno
para el caballo arrear!
—Hijo, arrójale al regazo
tus anillos al jugar;
si don Martín es varón
las rodillas juntará,
pero si las separare
por mujer se mostrará.
Don Martín muy avisado,
hubiéralas de juntar.
—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
nunca los puedo olvidar.
—Convídalo tú, mi hijo,
en los baños a nadar.
Todos se están desnudando;
don Martín muy triste está:
—Cartas me fueron venidas,
cartas de grande pesar,
que se halla el conde, mi padre,
enfermo para finar.
Licencia le pido al rey
para irle a visitar.
—Don Martín, esta licencia
no te la quiero estorbar.
Ensilla el caballo blanco
de un salto en él va a montar;
por unas vegas arriba
corre como un gavián:
—¡Adiós, adiós, el buen rey,
a tu palacio real;
que dos años te sirvió
una doncella leal!
Oyela el hijo del rey
tras ella va a cabalgar.
—¡Corre, corre, hijo del rey,
que no me habrás de alcanzar

hasta en casa de mi padre
si quieres irme a buscar!
Campanita de mi iglesia,
ya os oigo repicar;
puentecito, puentecito,
del río de mi lugar,
una vez te pasé virgen;
virgen te vuelvo a pasar.
Abra las puertas mi padre,
ábralas de par en par.
Madre, sáqueme la rueca,
que traigo ganas hilar,
que las armas y el caballo
bien los supe manejar.
Tras ella el hijo del rey
a la puerta fue a llamar.